



La “santa SEP” y las escuelas pobres

Alejandra Falabella

Investigadora CIDE

Publicado en El Mostrador el 29 de septiembre de 2014

Es usual escuchar opiniones respecto a las bondades de la Subvención Escolar Preferencial (SEP) o a Directores escolares referirse a la “Santa SEP”, por la cual pueden recibir hasta un 60% más de la subvención. ¿Quién podría negarse a decir que los establecimientos que atienden a niños en contexto de pobreza no requieren mayor financiamiento? Pero la SEP no es simplemente un aumento del *voucher*, pues se entrega al establecimiento a condición de incrementar resultados SIMCE, entre otras metas “de eficiencia”. La lógica de la política supone que la *rendición de cuentas por resultados*, junto a mayores recursos y asistencia técnica (ATE) generaría una mejora continua en los establecimientos.

El discurso de la política ha sido que estas escuelas “a pesar” de su contexto deben incrementar sus resultados, y se exponen ejemplos de “escuelas eficaces” para demostrar a otros que es posible. No obstante, la política niega la compleja y diversa realidad a la cual se enfrentan las escuelas en contexto en pobreza.

Según se desprende de un estudio reciente (cuyos resultados se expusieron en una [columna](#) anterior), las escuelas ubicadas en contextos de marginalidad urbana y con bajo rendimiento, son el lugar en que la política de *rendición de cuentas* de la SEP genera mayores efectos nocivos; a pesar de la entrega de más recursos y apoyo técnico. En estos casos, la vida escolar se ve abrumada por cumplir con las metas estandarizadas, y se identifican mayores prácticas de adiestramiento para el Simce y presión hacia los niños. Los docentes muchas veces lamentan estos efectos negativos, pero a la vez sienten que es tal el riesgo de ser mal evaluados, que deben realizar estas prácticas para asegurar un mejor rendimiento, sacrificando responder a las necesidades contextuales y seguir sus propios criterios profesionales.

Estas medidas aumentan además los niveles de estrés, agotamiento y frustración del cuerpo docente. Cuando se visitan este tipo de escuela es común escuchar un alegar constante, respecto a las dificultades que conlleva el trabajar allí, por ejemplo: la atención a niños con mayores dificultades de aprendizajes (generalmente excluidos de otras escuelas), alta rotación docente y licencias médicas, alta diversidad en el aula, frecuentes problemas socio-emocionales de las familias, dificultad para atraer docentes bien preparados, entre otros.

En estas escuelas de marginalidad urbana existe una fuerte sensación de ser incomprendidos por la política y de ser juzgados injustamente; de ser los últimos en el



Cuaderno de Educación N° 62, septiembre de 2014

ranking a pesar del enorme esfuerzo pedagógico, emocional y físico que exige el trabajo docente. Para muchos esto puede ser una victimización de los actores, pero es también un intento de parte de ellos de comprender y legitimar las dificultades sistémicas a las cuales se enfrentan.

Exigir metas Simce y responsabilización por resultados en estos establecimientos es inefectivo e injusto. La estandarización, la perscripción y la amenaza de cierre, gatillan la inmovilidad y respuestas instrumentales. Este tipo de escuelas desventajadas, por el contrario, requieren de un acompañamiento profesional continuo, con metas contextualizadas y de largo plazo, y una mejora sustantiva en las condiciones de trabajo de los docentes.